

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. RAMIREZ. — Madrid.

—¡Abuelital! ¡Mira, mira, donde se pone la peluca tío Nemesio para venir a la playa!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10.40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12.40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6.50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

23.—Un pueblo castellano.

POESÍA

50051

HOTEL EN ZARAGOZA

HOTEL EN BARCELONA

26.—Un señor respetable.

Letra letra letra nota 1000

28.—Para poner un "cabaret".

ARTÍCULO

CONTRIBUCIÓN

5005011005000

NORTE

PUEBLO
DE
TERUEL

SUR

24.—En el tresillo; para defender los reyes.

1500

11500



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

29.—Ciencia.

Lugar de peregrinación

Negación Negación

25.—Exclamación "moderna".

GOMA

CEBO

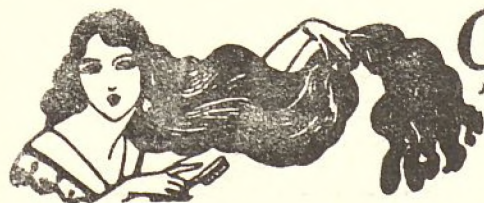
27.—Charada.

—Voy a ver si *tercia cuarta* a doña
prima segunda segunda tercera pri-
mera.

—Pues *tercia primera segunda* y al
regreso no dejes de traerte el *todo* que
nos ofreció.

30.—Una ópera.

Piedra 1000 Capital



Agua RADIUM

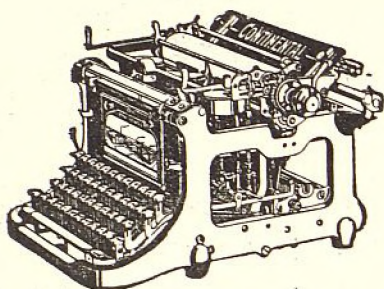
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a
toda solución que se nos
remita con destino a nues-
tro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de
agosto.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint, 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



—Qué bien se está aquí: Cielo azul, campos verdes, buena merienda y uno de los más interesantes crímenes para leer.

(De *Londón Opinion*, Londres.)



YA NO HAY CANAS
JUVENTUD
PERPETUA

L'ORÉAL

TINTURA INOFENSIVA PARA EL CABELLO

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

CONCESIONARIO:

PEDRO SUÑER

Sicilia, 29.-BARCELONA

LOS

FAMOSOS

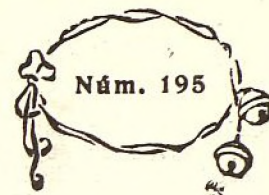
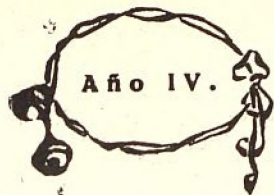
POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.



HISTORIAS SENCILLAS

CAUSA POR ASESINATO

El presidente del Tribunal concedió la palabra al reo que, emocionado, dijo: —Yo, señores del Jurado, yo, señor Presidente, me llamo Juan Bautista Próspero Martín y soy banquero. Toda mi vida he sido un hombre honrado y sigo siéndolo, no obstante verme aquí. Dedicado a las finanzas, heredé de mi padre la seriedad, la rectitud y sus conocimientos, además del dinero. Debo confesar que en estos últimos tiempos los asuntos de mi casa de Banca no marchaban tan bien como yo hubiera deseado. No, nada de apuros, a Dios gracias, nada de temores, pero sí cierto estancamiento que no era de mi agrado. Yo quisiera ser algo norteamericano, resolver todo en cinco minutos, aligerar la vida, galoparla, valga la frase, y nada de esto me es posible.

—Vamos al hecho, al delito que cometió.

—En seguida llegamos a él, pero he juzgado oportuno dar estos detalles previos. En esos últimos tiempos, había pasado largas horas de estudio sobre diversos asuntos, noches de vigilia y de trabajo, llegando a dar cima a lo que tenía pensado a grandes rasgos. Para desenvolver mis planes financieros que tenía resueltos, hasta en los menores detalles, necesitaba una ayuda, el concurso de otro banquero, que teniendo confianza en mí, pusiera fondos a mi disposición. Lo encontré, porque la seriedad y el crédito de mi casa son garantías para cualquiera operación que emprenda. Un colega, convino, en principio, asociarse a mí, después de que yo le hubiera explicado detalladamente mi plan. Ya saben ustedes, señores del Jurado, cómo se tratan en este país los asuntos, por muy serios que sean. Viene en seguida la frase de «comeremos juntos y de sobremesa charlaremos». Fuimos, pues, a

cenar mi colega y yo al restaurant, uno de los más elegantes, al restaurant donde se ha desarrollado la tragedia.

—Ya llegamos, al fin.

—Ya llegamos, señor presidente. Un menú delicado, una lista de vinos seleccionada y, ¡ay de mí!, una orquesta de jazz band, compuesta de siete energúmenos vestidos de encarnado y que tocaban como para que Gluck, Mozart, Beethoven y Rossini se levantaran de sus respectivas tumbas y la emprendieran a golpazos con los siete. El quid de estas orquestas americanas está en tocar continuamente, sin descanso, infatigablemente y produciendo siempre el mayor ruido posible. ¿Hablar con mi colega? ¡Imposible! Cada vez que queríamos meternos en conversación, tan interesante para ambos

y especialmente para mí, aquellos condenados antifilarmónicos, la emprendían a piporrazos, a golpes, a gritos y a ruidos, que no sé cómo calificar. Todo intento por nuestra parte para dar un fin práctico a la comida se estrellaba ante la resistencia de aquellos a los que no me atrevo a calificar de músicos. ¡Figúrense ustedes mi desesperación! Me había pasado días y más días estudiando mis combinaciones financieras y las veía pisoteadas, rotas y sin poder darlas vida por culpa de aquellos tíos, que no cesaban con sus ¡chin!-¡chan!-¡pam!-¡pom!-¡paf!-¡paf! ¡talán!-¡talán!-¡aaaaaaah! ¡guau!-¡guau! El disloqué. No les puedo dar idea exacta a los señores del Jurado de lo que era aquello. Yo estaba loco, mi compañero también; sobre la mesa

se hallaban abandonados los papeles y notas que yo había llevado para explicar a mi colega el asunto y darle cifras. ¿A mi colega? Se le veía llevarse las manos a la cabeza, yo estaba a punto de sufrir una congestión y mientras tanto los otros, ¡pom! ¡paf! ¡rum!-¡rum! ¡guau! ¡guau! y cada vez más fuerte. Los trombones, el bombo, el tambor, los ruidos raros, los latigazos, los pitidos, las bocinas de auto y los gritos eran cada vez más ensordecedores. Los jazz-band en libertad rendían culto a la moda de esa música bárbara y nosotros ya no nos dábamos cuenta ni de donde estábamos.

No sé lo que pasó por mí. Saqué el revólver y comencé a disparar en dirección de la orquesta. Oí un estampido y era que una de las balas había atravesado al bombo y no puedo decir más. Luego supe que había herido a dos músicos, estropeado los instrumentos..., no lo sé... no puedo decir más...

El procesado fué absuelto.



Dib. SILENO.—Madrid.

A. R. BONNAT

EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA

Celestino está cortando bacalao, lo pesa, lo envuelve y se lo da a la Paca. En seguida pesa medio kilo de garbanzos; instintivamente da un golpecito en el platillo del peso que sostiene el artículo. Celestino roba lo que puede sin darse cuenta; si Celestino se enterase, no podría sostener su conciencia tanto peso.

Celestino despacha a la Paca, a la Juana y a la Carmen.

—¡Una lata de sardinas!

Celestino da la lata. La clientela sale, y aprovechando que la tienda queda libre de gente, se acerca a su compañero y le dice.

—No te apures, que eso te lo arreglo yo, en seguida.

Manolo, que así se llama el compañero, no contesta, pero suspira.

Celestino continúa: —Pa algo me tié que servir haber visto tóos los dramas que ha hecho Rambal.

—Esto no me lo arregla a mí ni Nik Carter.

—¡Ni que fuera una cosa del otro jueves! ¿Total, que es?, que al principal, se le ha metido en la cabeza no darte

permiso de quince días pa salir por ahí a tomar baños.

—En otra ocasión —dice Manolo— no me hubiera importao; pero este año lo siento la mar, porque había pensao ir con mi costilla, que se lo había prometido.

—De eso estoy yo libre; si no te hubieras casao no tendrías compromisos como este.

Manolo calla, suspira otra vez, y Celestino aprovecha este silencio para meterse con un barril de aceitunas. Después de comerse unas cuantas, cosa que sin duda hace para meditar, exclama de repente.

—Ná, que eso te lo arreglo yo, pero que en seguida; este verano te luces tú en San Sebastián, no faltaba más. Celestino abandona las aceitunas; pero la toma con unos boquerones; una vez que se ha comido unos cuantos, espárce su mirada por el mostrador; sin duda, no encuentra lo que quiere, y pregunta:

—¿Se ha vendío la carne de membrillo?

—Sí —dice Manolo con la cabeza.

—Comeré pasas, es igual. Celestino que es muy transigente come pasas en vista de que no hay membrillo; pero al hombre le parece feo no meterse con unas almendras que tiene a la mano y sobre la que hay un cartelito que dice «Tostadas del día», y coge un puñado. —¡Mi madre, que salás! —y esto diciéndolo se come unos caramelos.

Celestino tiene un muestrario en el estómago de todos los artículos que se venden en la tienda.

—¡Qué dulzor, no sé como hay gente golosa! y para quitarse el sabor de los caramelos empieza un viaje de retroceso, pasando por las almendras, pasas y boquerones, para terminar otra vez en el barril de aceitunas, punto de partida.

Sin duda Celestino tiene «pase», porque este recorrido le hace varias veces al día.

En un descanso, entre dos boquerones, reanuda el diálogo.

—Eso te lo arreglo yo ahora mismo; me se ha ocurrido un plan que es talmente un drama policiaco; óyeme y verás; ¡mi madre como pica esta longaniza!, no la había probao yo; ¡está de primera! bueno, esto no es del plan como comprenderás; perdona un momento que en seguida empiezo.

Celestino aprovecha este momento para seguir comiendo longaniza.

—¡Me juego la cabeza que es de Cantimpalos! —¡pero pica mucho! —y se quita el picor con dos galletas. El plan es de arroba, escucha: tú habrás observao, como yo, que el principal anda preocupao estos días, que no hace más que suspirar y poner los ojos en blanco; además no para en la tienda ni un minuto, y antes no salía de aquí. ¿Lo has notao, verdad? Manolo asiente, pero se contiene, y continúa:

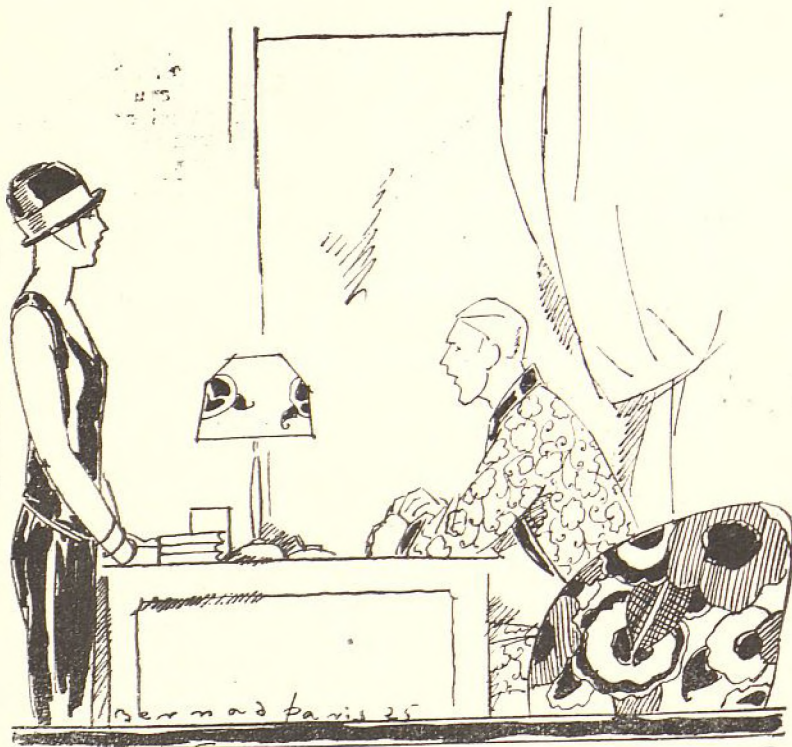
—El principal, como te digo, tié un humor de tóo los diablos; únicamente deja de suspirar, y sus ojos se alegran cuando contempla un dije que lleva en la cadena del reloj, dije, que no ha llevado hasta hace unos días. Hay veces que al cerrar el dije, y creyendo que nadie le ve, le da un beso.

—De tóo esto deduzco yo, que el principal tié ese dije en gran estima; bueno, pues aquí entra el plan, y esta vez no puede contenerse Celestino, y se echa a la boca un puñado de aceitunas; esto para Celestino, no debe tener importancia, pues sigue hablando mientras se las come.

—¡Hay que robarle ese dije al principal!

—¡Celestino!

—¡Hay que robárselo! El principal se desesperará, se volverá loco, nosotros le decimos que le habrá perdido y cuando esté más desesperao vas tú y se lo entregas diciéndolo que te l'has encontrado. ¿Pa qué te voy a decir? Entonces



Dib. Bernard. — París.

—¿Aumentarle el sueldo? ¿Y si le asocio a usted conmigo?

—¡Ah! Entonces, nada de aumento; me opongo a elevar nuestros gastos generales.



Lib. SAMA.—Madrid.

—¡Nada, que no cazamos novio...!
—¡Ni con lazo!

se vuelve loco de alegría, le larga tres besos al dije y tres a tí, te dice que le has hecho un gran favor que no podrá pagarte nunca; tú entonces te echas a sus pies, esto es de mucho efecto, y le dices que dé el permiso pa veranear. ¡La cabeza me corto si en ese momento no te dice que sí!

—Bueno; pero ¿quién roba el dije?

—De eso no te apures, del robo me encargo yo; tengo una «cómplice», la Martina, la cría del principal, que la tengo cardíaca; se lo explico tóo, y me ayuda.

A Manolo le parece bueno el plan de Celestino y da su asentimiento, y mientras su semblante cambia de expresión la esperanza le mantiene.

A Celestino también le mantiene la esperanza y lo que el pobre se busca buenamente.

...

A la mañana siguiente Celestino no cabe en el pellejo de satisfecho que está; su alegría es tal, que pasa al lado de las aceitunas y ni las mira; el dije está en su poder, la Martina no pudo resistir las cálidas y amorosas miradas de Celestino, y de «cómplice», se convirtió en autora.

Cuando llegó Manolo a la tienda, Celestino le entregó el dije, y al mismo tiempo le decía:

—Ahí va; me parece que te he hecho un favor; si no eres un ingrato, me lo agradecerás mientras vivas.

A Celestino, preocupado solo con su drama policiaco, no le picó la curiosidad, y entregó el dije sin mirarle; no le sucedió igual a Manolo, y así que le tuvo en su poder, quiso enterarse de lo que a su principal le ponía tan alegre. Apenas abrió el dije y vio lo que contenía, se le escapó de las manos y es-

tas se las llevó a la cabeza, mientras decía:

—¿Qué es esto?

Celestino recogió del suelo el dije, y al mirarlo vió un retrato,

—¡¡¡Si que te hecho un favor!!!

¿De quién sería aquél retrato?

.....

¡Misterio!

...

Mientras, el principal, Manolo y su señora salen para baños. Celestino queda en la tienda disponiendo algunas reformas que en la misma se hacen. Una de estas reformas es el cambio de muestra.

Manolo lleva parte en el negocio y la tienda se llama ahora:

«El Cuerno do la Abundancia. S. A.»

LUIS CANDELA.

PARA LIBRARLOS DEL SOL

A los que en grupo
son protectores
de paquidermos,
de roedores,
de pajaritos
y de rumiantes
(y de palmeras
y de guisantes),
ya que desean
con juicio sano
que los jamelgos
en el verano
lleven pajizos
y amplios sombreros
en competencia
con los cocheros,
cosa que aplaudo
con mil amores,
pues el sol daña

con sus ardores
y más que muchos
hombres formales
merecen cuido
los animales,
ofrezco un *jipi*
(que he desechado
porque está un poco
desmejorado);
mas una cofia
color canela
que gastó mucho
mi pobre abuela,
y el sombrerete
de una sobrina
con plumas lacias
de grulla china
y unas espigas,
lacias también,

que a cualquier penco
le vendrán bien.

Conque no olviden
esos señores
(que de los bichos
son protectores)
que, aunque remiendo
que se las coma,
brindo estas prendas
(fuera de broma)
a cualquier jaco
de agudos huesos,
para que en sombra
lleve los sesos
y cruce toda
la capital
con más orgullo
que una vestal.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

(EL HOMBRE Y LA NATURALEZA)

EL VERANEO

¡Oh, el veraneo!...

El veraneo es una liberación.

Durante el invierno la ciudad nos oprime, nos desgasta paulatinamente. La ciudad nos llena el cerebro de conferencias, de músicas fáciles y del estrépito ensordecedor de sus automóviles y de sus tranvías. La ciudad nos llena el estómago de alimentos adulterados que, poco a poco, van minando nuestro organismo. La ciudad nos llena de altisonancia, de tirantez y de presión.

Si queremos prolongar unos días nuestras existencias, hay que alejarse de la ciudad y, unidos íntimamente a la naturaleza, fortalecer nuestro cuerpo y sanear nuestro espíritu.

¡Oh, el veraneo!... Aun los que no trabajamos durante el invierno necesitamos descansar en el verano.

«¡Qué descansada vida!...» —«¡Ya está! ¡Lo solté! Bueno, es que escribir sobre el campo y soltar los manoseados versitos de Fray Luis es algo inevitable.

El veraneante anuncia:

—¡Voy a pasarme la tarde en el campo!

Y abandona el pueblo donde reside durante los meses de calor. El veraneante camina contento, lleno de optimismo, por la polvorienta carretera, bajo los rayos de un sol inclemente. Tras de no pocas dudas—cada duda

significa un kilómetro andado—el veraneante elige el sitio en que ha de pasar la tarde. Es éste, entre unos pinos que no son los suficientes para dar completo un metro cuadrado de sombra.

—¡Aquí!—dice en voz alta—¡Aquí!

Se despoja de la americana, la extiende en el suelo y se echa sobre ella. Hay una pausa que corta un suspiro de satisfacción. Después, y para evitar la molestia que el sol le causa, desenfunda unas gafas ahumadas. ¡Se acabó la molestia! Ahora puede contemplar el paisaje sin necesidad de entornar los párpados. Sus ojos ya no se deslumbran. Otro suspiro de satisfacción y otra pausa.

El veraneante enciende un cigarrillo. Lo consume rápidamente.

—¡Qué hermoso es el campo!—dice.

Y se abisma en vulgares elogios sobre los placeres de la vida campestre. Cuando los elogios se acaban, el veraneante extrae, de un bolsillo de la americana, un libro, una novela, y lee desesperadamente. Al poco, abstraído con la lectura, se olvida de que está en el campo, de que ha venido a gozar de las delicias del campo. Y es feliz. Pero este olvido y esta felicidad duran poco; un cosquilleo que siente en las piernas, en los brazos y en el rostro le vuelve a la realidad.

—¡Bah! Hormigas...

El veraneante sacude su cuerpo. Y

continúa la interrumpida lectura. Dice así la novela: «La bíblica calma del ambiente era un sedante para el atormentado espíritu de Gustavo. Se oía el murmullo de un riachuelo, el canto de las aves. Bajo el cielo, intensamente azul, florecía la naturaleza con los mil colores de sus florecillas oiorosas...»

—¡Cuánta verdad encierra este libro!—interrumpe con entusiasmo. Y mira a su alrededor. No, no hay flores. Y contiene la respiración anhelante. No, tampoco se escucha el murmullo de un riachuelo... En cambio... Frenético, loco, salta, contorsiona su cuerpo. Una nube de mosquitos le rodea y muchos de ellos, con voracidad increíble, le acometen...

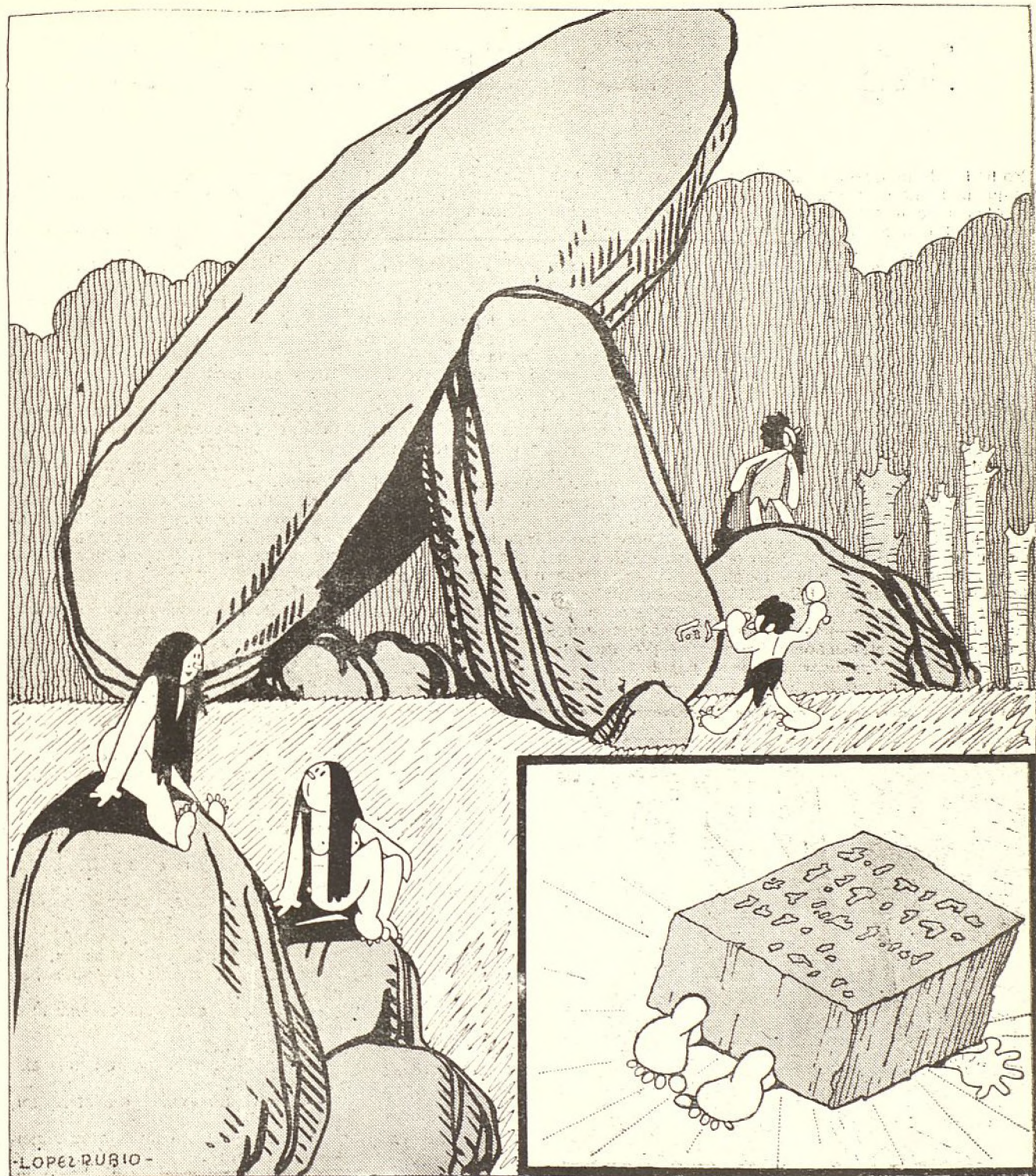
El veraneante trepa por uno de los pinos... Después, comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo, huye...

Una tempestad imprevista y espantosa sorprende durante el regreso al pueblecito en donde acostumbra a pasar los meses de calor.

Y cuando llega a éste, en su faz mojada por la lluvia e hinchada por los picotazos de los mosquitos, se dibuja una decisión firme, rotunda, de no volver a pasar otra tarde en el campo.

La novela en que se canta la sonoridad del arroyuelo y el colorido de las flores silvestres, ha sido quemada...

J. SANTUGINI PARADA



EN LA EDAD DE PIEDRA

- ¿Su marido de usted no era cartero?
 —Sí, señora.
 —¿Y de qué murió?
 —Lo aplastó un certificado.

Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

MI DUELO

Yo he tenido un duelo ni más ni menos que un hombre de mundo que lava sus ofensas con sangre. Bueno, al campo del honor no llegué porque la cosa tomó un sesgo tragicómico que lo impidió, pero si no mido las espadas con mi adversario o le clavo una bala en el cerebro, aunque esto no hubiera sido lo más probable, porque yo he sido desde pequeño de una puntería que en mi casa se contaba que mientras una tía mía hacía encaje de bolillos, yo jugaba a sus pies a los bolos, y que siempre en lugar de dar a los bolos les daba a los bolillos.

Como en cuestión de ofensas le llama usted a uno perro judío, los amigos que nombre se dan tal mafia en la explicación, que demuestran que lo de perro se dijo refiriéndose a la fidelidad del canelo y lo de judío queriendo indicar a un vecino de la India; pero de los más disinguidos y bondadosos trataron de desvirtuar muy hábilmente el alcance de mi ofensa.

Yo le dije a mi rival: —¡Mal nacido! Los que me representaban sostuvieron mi apóstrofe, pero al explicar su intención dijeron que mi contendiente era

sietemesino y que había que reconocer que su nacimiento no había tenido lugar en las mejores condiciones.

Pero nada, esto no surgió y la cosa fué adelante.

Mi primera precaución fué que la familia no se enterara. Los seres queridos no deben sufrir de estas zozobras aparte de que por si llegaba el caso desgraciado que yo perdiera la vida, pensaba dejar una carta de despedida indicándoles el sitio donde guardaba las papeletas de empeño y dejando pelo para cada uno de mis hijos, esposa, hermanos y amigos más íntimos, aunque me costara ir al terreno más pelado que un chino.

Pero fué inútil la reserva; los padriños de mi adversario llegaron a casa por la noche, yo no estaba, enteraron a mi mujer del objeto de su visita, lo oyó mi hija. Total, que cuando volví a casa me esperaban los dos caballeros, que mi hija, al salir a abrirme, se abalanzó a mi cuello y prorrumpió en desgarradores gritos diciendo:

—¡Yo no quiero que maten a mi papá!

—¡Ni yo!, le respondí a mi vástaga,

encontrando muy en razón su deseo de que no me malograrán en lo mejor de mi edad.

En fin, el lance se concertó, tomé unas lecciones de esgrima; pues se comprobó que lo que yo tiraba no servía, y esperando el día del encuentro, cuyo lugar y fecha procuré seguir ocultando, manifestando una alegría que alejara toda sospecha de zozobra; estaba dispuesto a lanzar el honor de mi adversario hasta dejarlo como una patena.

Pero... ¡sí, sí!. La mañana del día del duelo, en cuanto me tiré de la cama, mi mujer me dijo:

—¡Antonio, sé que hoy vas a batirte, y como yo no quiero que lo hagas, mira la llave de la puerta! ¡He echado las dos vueltas y el cerrojo! ¡No sales!

—¡Carolina!—le dije asustadísimo ante lo que oía—. ¡Déjame que vaya al campo del honor!

—¡Nunca!

—¡Déjame que cumpla con mi deber, Carolina!

—¡Que no sales!

—¡Que me pones en ridículo, Rolita!—le dije echando mano de un diminutivo íntimo que me había dado gran resultado en ocasiones comprometidas.

—¡Toma la llave y vete si quieres, pero antes que llegues a la calle estaré sobre la acera con la masa encefálica destrozada!

—¡Caruela!—exclamé con viveza, insistiendo en los diminutivos heroicos.

—¡Sal y te espero en la puerta hecha una tortilla!

—¡Que me amenaza el ridículo, Carolina!

En esto entró la criada, entregándome las tarjetas de mis padrinos. Me apresuré a salir a recibirlos, sin saber qué decirles.

—¿Sabes lo que ocurre?—me dijo uno de ellos.

—¡No! ¿Dime?

—¡Pues Mingarrón no se bate!—exclamó el otro.

—¿Y por qué?—volví yo a interrogar con ansiedad.

—¡Pues porque r.o le deja su mujer—dijeron a coro.

—¡Qué vergüenza!—argüí ante lo que oía.

Entonces, apareciendo mi esposa, y con un tono solemne, dijo:

—¡En cambio, ahora mismo, cuando han llegado ustedes, le decía a Antonio: ¡Vete! ¡Lo primero es tu honor!

ANTONIO PLAÑOL



Dib.
SERNY
Madrid.

—¡Como tu ama,
que dice que so-
mos unos niños
muy sosos...; ya
quisiera ella tener
nuestra sombra!

ESPECIE DE AUTOBIOGRAFIA

Hace una barbaridad de años que mis lectores y yo tenemos una amistad tiernísima. Lo prueba el constante sacrificio de los primeros, que me leen con periódica resignación, sin haber pensado todavía en perpetrar conmigo el más modesto crimen. Lo demuestra también el número de cartas de amor que recibo semanalmente y a las que no puedo corresponder por lo caros que están los sellos y porque estoy ligeramente comprometido con una muchacha de Palma de Mayorca que, aunque algo chafilla, tiene dos pares de narices de celosa y me armaría un escándalo balear si le fuera infiel. En cuanto a mi actitud con los lectores, sabido es el acendrado cariño que les profeso, el desinterés de mi afecto que me impide pedirles dinero ni alhajas ni ropas ni otros bártulos de uso cotidiano, la alegría con que comparto sus satisfacciones y la pena con que me sumo a sus contrariedades y a sus dolores desde el modestísimo de muelas hasta el suntuoso de estómago.

Conste, pues, que mis lectores y yo somos amigos hasta la muerte y nos profesamos una simpatía más bárbara que Atila. Yo sería capaz hasta de suicidarme en unión de todos ellos y de acoger con gozo inefable la idea de que nos enterrarán juntos, caso improbable de que hubiera un lugar en el que cupiéramos todos desahogadamente.

Pues bien, a pesar de esta innegable y furiosa amistad que enciende nuestros corazones, he observado con pena que ningún lector tiene el menor interés en conocerme personalmente, en inquirir qué clase de socio soy y en enterarse de si merezco el cariño que se me profesa o si soy acreedor al desdén más absoluto, al olvido más fulminante y al desprecio más escenográfico. Y esto, señores y señoras, no está bien. Ustedes tienen derecho a saber con quién se gastan el dinero, a averiguar si yo soy una paloma torcaz o un empedernido y escomulgado miserable, a entrar a saco en mi vida privada para ver con diáfana claridad si soy arcángel o verdugo, si tengo alma de ateneísta o de chófer desbocado, si procedo con mis semejantes como una monja descalza y piadosa o como un recaudador de contribuciones hidrófobo.

Claro es que yo, consciente de mi bondad, sé que soy un amigo de mis amigos con garantía para diez años y composturas gratis, pero mi afirmación no basta. Es preciso probar las cosas y a eso voy. Una de las maneras de que la gente pueda conocer a un individuo, es revelarles sus gustos, sus opiniones, sus preferencias, lo que uno

quiere y lo que a uno le molesta, lo que uno adora con frenesí y lo que uno pisotearía con furor homicida. En consecuencia, yo voy aquí a darles a conocer a ustedes los diversos matices de mi personalidad, con unos leves detalles que hablan solos y mucho más elocuentemente que yo podría hacerlo. Dividiendo el asunto en varios apartados, como las disposiciones legislativas, sacamos las siguientes afirmaciones que me pintan de cuerpo entero, mucho mejor y desde luego más barato que lo podría haber hecho el señor Goya y Lucientes si hubiese vivido y yo me hubiera dejado.

Cosas que me tienen sin cuidado y a las que no concedo la menor importancia.

Que China tenga cuatrocientos millones de habitantes.

Que Cristóbal Colón sea genovés o de Cangas de Tineo.

Que en Tarragona no sepan cantar flamenco.

Que el Mar Muerto no haya tenido quien le lllore.

Que no haya manera de descubrir el Polo Norte.

Que Alemania fabrique cacerolas de



Dib. MBL.—Madrid.

—Es Tiburcio: ¿no le conoces?

—No.

—¡Caramba! Pues es raro: porque es un hombre de mucho cartel.

aluminio mejores que las que fabrica Nicaragua.

Que a D. Antonio Maura no le gusten las ostras de Arcachón.

Que Romanones regatee cuando compra diez céntimos de palillos para los dientes.

Que Chicago sea una palabra malsonante.

Que la torre Eiffel no pueda desarrollarse.

Que en las casas de préstamos no admitan relojes de arena.

Y que Edmord de Bries muera soltero con absoluta seguridad.

Cosas que, en cambio, me preocupan y me hacen perder el sueño:

No poder averiguar cuál fué el segundo apellido de Don Juan Tenorio.

No saber cuándo un negro tiene mal color.

Ignorar si los guardias de la porra son felices o tienen acibarada la existencia.

Pensar en la lastimosa situación en que se quedarán los aligustres cuando llegue la caída de la hoja.

No estar enterado del número de sa-

cerdotes aficionados a toros que hay en España.

Desconocer el actual paradero de Melquiades Alvarez.

No saber por qué razón no es académico *El Caballero Audaz*, y, en cambio, son académicas las posturas de Paquita Torres.

Y no poder encontrar quien me diga por qué hay más viudas en Barcelona que en Getafe.

Cosas que me molestan y me indignan categóricamente:

Que Lerroux sea republicano y no reparta su fortuna entre los pobres, habiendo algunos que, como yo, están necesitando ese reparto como el comer.

Que la Necrópolis no tenga condiciones de salubridad.

Que las empleadas del Metropolitano no puedan picar más alto.

Que en Checoslovaquia sean *checos* hasta los gigantes.

Que Largo Caballero cuando defienda al socialismo se quede corto.

Que los radio-escuchas no radio-oián casi nunca.



Dib. TATITO.—Zaragoza.

—¿Y en qué quedó lo del pobre Cuello?

—En que murió y he tenido que hacerme cargo de estas criaturitas...

--¡Caramba! Pues le ha salido a usted un grano.

Y que en la banda municipal toquen dos gordos, como puede ver el que asista a los conciertos y observe el ilustre personal que la integra.

Cosas que me gustan de un modo vehemente y entusiasta:

Que me paguen el café.

Que mi casero enferme del hígado.

Que arda un tranvía.

Que no hable Ossorio y Gallardo.

Que me diga un amigo, con crédulo acento, si tengo cambio de quinientas pesetas.

Que estén descompuestas todas las pianolas de los bares madrileños, como en el actual momento lo están.

Que mi suegro se haga del somatén y que le entreguen una carabina, por si se le ocurre examinarla estando cerca su señora y acaece algo inesperado y agradable.

Ir a los toros en un taxi de cuarenta céntimos.

Raptar a una tobillera que esté acabando de leer una novela de Hoyos y Vinent.

Oír cantar el *Sigfredo* en alemán para no enterarme.

Y que si se me ocurre la insensatez de ir a visitar a La Cierva, que no me quiera recibir.

Mis aspiraciones y lo que yo quisiera ser:

Compañero de viaje de Pestaña.

Amio íntimo de Teresa Saavedra.

Concejal del Ayuntamiento de Palafrugell.

Banquero en quiebra.

Suscriptor de *El Debate*.

Convaleciente de la gripe.

Enemigo de Chicherín.

Poeta ultraísta.

Soltero sin hijos.

Condenado a muerte.

...

Supongo que después de tan francas y rotundas confesiones, se habrán ustedes ya percatado de quién es el tipo al que distinguen con su valiosa amistad.

Juro que ésta es mi auténtica biografía y que el que haya pensado en otra cosa, se ha colado lastimosamente. Yo soy así y, aunque a ustedes les cueste la vida el desengaño que supone el saberlo, no puedo por desgracia ser de otra manera.

Lamento profundamente la contrariedad que, sin duda, habrán experimentado al darse cuenta de la clase de birria que es este su seguro servidor, pero esto les aleccionará para no pretender en lo sucesivo explorar las interioridades de los genios.

Somos todos así de mentecatos y de incoherentes.

NÉSTOR O. LOPE

COSITAS

LA OLA DEL AZULEJO

Vivimos bajo la ola, bajo el terror del azulejo sevillano. Donde menos se piensa, en el lugar más recatado, aparece un día el azulejo como si fuera una planta espontánea. En realidad, es una trepadora.

Merced a campañas comerciales, los fabricantes de azulejos han llegado a persuadir a la gente de que el azulejo es imprescindible para el ornato de las ciudades, de los paseos y de las casas. Y la gente encuentra muy natural esto y hasta llega a considerar el azulejo como el supremo elemento decorativo.

Al principio, eran chispazos, focos aislados de la epidemia. El azulejo, para el que aparte de todo, son nuestros respetos, vivía relegado a los patios andaluces. Allí es donde está en su sitio y tiene un valor plástico y responde a una necesidad.

Un día, al azulejo sevillano se le llenó de brillo la cabeza y le lanzó por el mundo.

Su primera obra, fueron los jardines del parque de Marfa Luisa, en su propia tierra.

En Madrid, un día, aparecieron unos bancos muy cucos en el paseo de coches del Retiro. La gente, decía:

—Parece Sevilla.

Y se quedaba muy contenta.

Después, menudeó la ocupación de lugares cortesianos. Un día, llenó la Casa de fieras de bancos, de pilastras y de fuentes de ranas. A todos esos ladrillos, hay que tapparlos en invierno con paja, para que no los destruya el frío. Esto le pasa a todo el que se sale de su sitio. Si un sevillano se va a Noruega, necesitará muchos gabanes para resistir la temperatura.

El sevillano y el azulejo se han hecho para los climas cálidos. En los países fríos, desentonan y están fuera de lugar.

Es como si lleváramos a Sevilla un almacén de caloríferos. Nadie los compraría, ni siquiera para decir:

—Parece Petrogrado,

Ultimamente, don Cecilio, cuyo talento es indiscutible y han de perpetuarlo las praderías y los alfombrados de su invención, al poner el pie en la plaza de Santa Ana, se dijo:

—Aquí hay que poner algo muy original. Unos bancos con azulejos, por ejemplo...

Y ahí están, para admiración de todos y don Pedro Calderón, en la caricatura de Bagaría, se queja de que le hayan tomado por los Álvarez Quintero.

Ahora, Zocodover de Toledo, va a ser reformado. Le quitarán los bancos y la baranda de hierro, para ponerle también azulejo sevillano.

Así, todo. Antes, los bancos eran de

piedra, y no hacían mal del todo. Pero ahora resulta que el azulejo es más bonito. ¡Mire usted qué cosa!

Y las lápidas conmemorativas, que eran de bronce o de mármol, ahora son de azulejo sevillano. Y los letreros de las tiendas, que eran de cristal o de madera, también. Y las imágenes se pegan ahora en la pared con azulejos y su farolito encima, muy mano.

Y en algunos colmados, son los asientos de azulejos sevillanos.

Los anuncios, que eran carteles pegados, son de azulejo sevillano así como todo lo demás, que se va llenando de azulejos, poco a poco.

Ya se ven pantallas, abanicos, portadas de revista, joyas, adornos, etiquetas, prospectos, etc. imitando azulejo sevillano.

La Humanidad es muy original en sus iniciativas.

Y no habrá quien se convenza del abuso y de que el azulejo debe quedarse en el patio fresco, detrás de la cancela, refrigerando el bochorno del día, que rezuma por el toldo.

Ni siquiera en el jardín, digan lo que quieran. Los jardines más maravillo-

sos de España, los del Generalife granadino, lo son sin azulejos sevillanos, con la piedra y el ladrillo rojo. Eso, en los jardines más españoles.

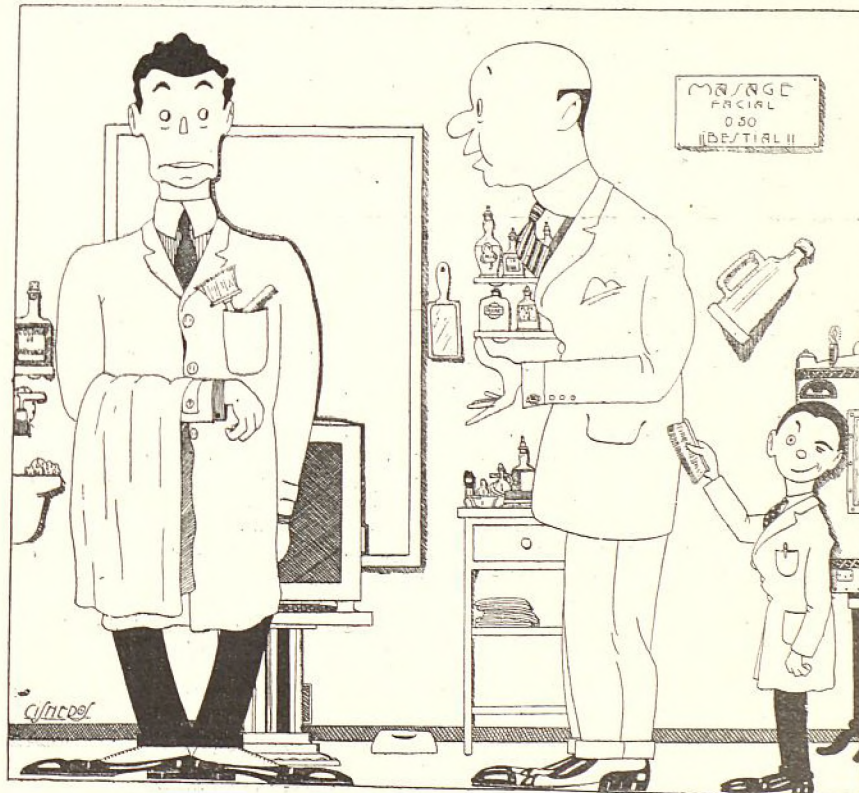
El azulejo sevillano es ya una pesadilla, un sueño demasiado largo.

Un día después de levantarnos de nuestra cama de azulejos, nos pondremos nuestro traje de azulejos, nuestro sombrero de azulejos y cogemos el bastón de azulejos. Pasearemos sobre los azulejos de la calle, iremos a echar un azulejo al correo y, para volver tomaremos un tranvía de azulejos. Al volver a casa, la mesa con su mantel de azulejos, tendrá ya preparada la comida. Desdoblaremos el azulejo-servilleta y con el cucharón removeremos el azulejo de dentro de la sopa...

El periódico de azulejos nos dirá que se han azulejeado, para que estén mejor, los jardines de Aranjuez, el Alcázar de Segovia, la Catedral de Burgos, la puerta de Alcalá, Siete picos, el puerto de Barcelona, la carretera de la Coruña y el obelisco del Dos de Mayo.

El desazulejeador que nos desazuleje, buen desazulejeador será.

José LÓPEZ RUBIO



HAIRDRESSER

Dib. Cisneros.—Madrid.

—¿Una peseta por la loción que el otro día me cobró solamente 0,50?

—¡Es que era nuevo en la casa y aún no me sabía la loción!

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

XCVIII

En dos o tres ocasiones, desde que me encuentro en París, me ha asaltado el mismo funesto pensamiento: ¿Qué pasaría si, por una de esas atroces casualidades que se presentan sin avisar, falleciese un servidor de ustedes en esta deleitosa urbe?...

Desde luego, lo primero que ocurriría es que no podrían ustedes enterarse del histórico acontecimiento por la

sodichos conocimientos notarían que pasaban los días y que yo no escribía en prosa con la contumacia con que vengo haciéndolo. Esto, claro es, les produciría cierto íntimo regocijo y un no despreciable regodeo y hasta algo de ruidoso refocilamiento, pero a la par no dejaría de causarles extrañeza. Se empezaría a comentar la cosa en los cafés, en los limpiabotas, en las cárceles, en las tertulias de los vapores de la Compañía Trasatlántica, en todos

rio, divirtiendo a priores y novicios y yendo del coro al caño para complacer a unos cuantos hermanos más o menos trapenses, menos o más descalzos, ligeramente dominicos o furiosamente capuchinos.

No obstante, y a pesar de todo lo dicho, no es la idea de que me tomen por un secuestrado lo que me preocupa. Tampoco me importa gran cosa el efecto que mi súbita desaparición causaría a mi familia que, enterada de los ineludibles compromisos que tengo con el sastré, el casero, el médico, el panadero y la Eléctrica de Santillana, pensaría que, para eludirlos dignamente, me había arrojado al Sena, prefiriéndolo al Manzanares que ya es sabido que es un río donde, en lugar de ahogarse, se rompe uno la cabeza y además no se muere de ninguna manera, cosa ridícula a que ningún suicida algo civilizado debe exponerse.

Lo que en realidad me preocupa de mi posible muerte en estos ámbitos afrancesados es otra cosa, y, como ustedes tienen derecho a saberla porque para eso han pagado cuarenta céntimos, voy a comunicársela para que juzguen de la gravedad del asunto y de la razón que me asiste para no quererla diseñar en París ni en sus alrededores.

La muerte, desde luego, es siempre una cosa molesta, sea en París, sea en Vallecas, sea en las Islas Filipinas. Estoy seguro de que si se nos consultase a todos sobre cuándo nos convendría fallecer, el que más y el que menos se tomaría para contestar una de tiempo que sería un abuso. Pero, ciñéndome a mi caso, quiero hacer constar que, en estos momentos, una muerte inesperada o suavemente repentina me molestaría, tanto por ser una muerte como por cogerme en París. O, dicho más claro, que si yo estuviera advertido de que tenía la obligación de hincar el pico la semana que viene, tomaría el tren y vendría a lanzar mi último suspiro a la calle del Mesón de Paredes, 65 duplicado, piso tercero derecha, que es donde debo lanzarlo, en lugar de tenerlo que exhalar de mala manera y sin gracia ninguna en el baratísimo hotel donde actualmente moro, y donde, si la diño, ya no podría decir que moro, porque el que *mera* no mora, exactamente igual que el que no llora no mama y que el que no paga el inquilinato le embargan.

¿Razones por las que rechazo energicamente la idea de estirar en París la mala pata que tengo?... Van ustedes a conocerlas en seguida. No quiero de ningún modo aludir a mis fatigas pe-



LA EQUITATIVA Y EL CAFÉ «LAPAIX»

Pareja de escandalosos edificios que ocupan uno de los más céntricos lugares de París. La Equitativa es la famosa y yanqui sociedad de seguros. El café de la Paix es todo lo contrario, porque los que entran en él no están seguros más que de una cosa, que como se les ocurra pedir un almuerzo, al salir tienen que pedir limosna. ... Por lo demás el café que sirven, es bueno; y digo que es bueno porque aguanta todo lo que dicen de él, que es muy merecido por cierto...

razón sencilla y económica de que yo no dispongo aquí de un solo amigo que después de llorarme, se encargase de telegrafiar, telefonar o radiovociferar a España que tenía un humorismo menos y que se pusiese de luto si quería cumplir con el difunto y si le daba la gana. Excusado es decir que, a falta de ese amigo, el único que podía dar la noticia de mi muerte era yo, pero no creo equivocarme al suponer que encontraría dificultades insuperables para enviarles a ustedes la infausta nueva y que me tendría que resignar con que mi desaparición del planeta no hiciese gemir a las prensas ni gemir a nadie absolutamente. Y aquí de la tragedia... Al yo morir, sin tener la atención de participárselo a mis conocimientos, ocurriría como consecuencia que los su-

los diversos e incoherentes lugares donde un servidor tiene lectores y, al final, se obtendría la siguiente conclusión: que yo me había esfumado misteriosamente, que podría ocurrir que hubiese sido víctima de un secuestro catequista y que, en resumen, era un niño desaparecido más que añadir a la lista que, para ignominia de la España liberal, va aumentando de día en día.

De nada serviría que mi cadáver estuviese en París, a la disposición de todo el mundo, para demostrar la inocencia de la catequesis injustamente calumniada. La gente seguiría comentando mi desaparición y pretendiendo que se registrasen todos los conventos de frailes franceses y españoles, con la inocentísima creencia de que yo estaba haciendo colmos en un referfo-

cuniarias, porque me llevarían al extremo de asegurar que uno de los motivos que me impedirían morir decentemente en Lutecia era que no tenía donde caerme muerto; y, aunque esto es verdad, no lo quiero decir porque va envuelto en un chiste repugnantemente idiota que haría que ustedes me perdiesen el poco respeto que les va quedando del que en otros tiempos más felices me tenían.

Hablando, por tanto, en serio, como corresponde a lo macabro del problema, expondré sucintamente los mayores inconvenientes que yo veo al hecho de mi lamentable óbito en esta apartada orilla del Sena.

Supongamos, aunque les moleste a ustedes y sobre todo a mí, que ya estoy muerto, que me he quedado frío y hasta que me estoy descomponiendo como si hubiesen insultado a mi familia.

En el hotel ignoran que soy un escritor español, cosa que he ocultado siempre porque no conduce a nada que la gente se entere de nuestras debilidades, y, sobre todo, porque me habrían querido cobrar adelantado y eso no me gusta. Soy, por tanto, un ciudadano extranjero y misterioso, y gracias. Pues bien; en París los ciudadanos extranjeros y misteriosos, cuando están vivos, no le preocupan a nadie, pero en el momento de morir se sufren una humillación indecorosa; la de que se afirme que son comunistas rusos y la de que se sospeche que han muerto envenenados por un cómplice desconocido, por negarse a hacer cierta barbaridad a la que se habían comprometido en Moscú por la gloria de su señora madre y por unos cuantos rublos en calderilla.

¿Comprenden ustedes ahora mi tragedia?... Unos creerían que yo era el culpable de la actual huelga de empleados de Banca y Bolsa, suposición ofensiva para mí, pues yo aseguro que si la hubiese preparado, no la perderían como la van a perder. Otros dirían que yo había ido a París a volar con trilita la torre Eiffel, cosa que, aquí para *inter nos* también se la merecía la torre por haberse prestado al feísimo y cursilón anuncio luminoso de los automóviles del amigo Citroën que en estos días ostenta para asombro de paletos (que aquí les llaman *bourgeois*, pero que son paletos, y lo sostengo aquí y en todas partes). Y, finalmente, no faltarían personas que maldijesen mi helado cuerpo, por ignorar que yo era el helado Polo y creer que había muerto en el instante en que me disponía a hacer víctima a Poincaré de ciertos malos tratos concienzudamente planeados en un antro revolucionario, algo rojo e indiscutiblemente bolchevique de la también helada Rusia.

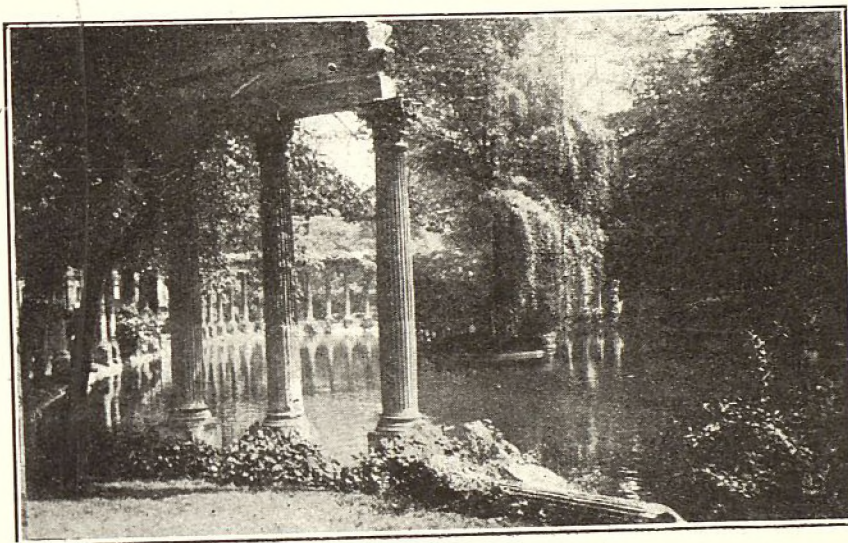
¡De nada de esto podría librarse mi cadáver; y yo, que en mi vida he sido comunista, lo sería en mi muerte por

una cabezonada de los franceses y tendría que callarme (como un muerto, claro está) ante las vitandas e injustas acusaciones.

Pero no acabarían aquí las misas (mejor dicho, no empezarían, porque cualquiera me decía una misita ni aun pagándosela bien). Después de esta serie de falsos testimonios, habría que enterrarme y sería conducido de cualquier modo a la fosa común. Y en el mismo cementerio en que Zola tiene un monumento así de grande, yo, que soy mucho más gracioso que él, me tendría que aguantar con figurar en el anónimo montón de los suicidas montmartreses, de los cocheros inconfesos, de las peripatéticas muertas en la miseria

su eco lastimoso surgió la portera. Vió en mis ojos una interrogación anhelante y, con finura innegablemente parisina, me explicó el cuadro de sainete que yo no acertaba a comprender.

En París, lectores míos, hay la costumbre de instalar las capillas ardientes en los portales. El socio que yo ví, era el vecino del segundo. Claro es que, como se había muerto, no tenía derecho a vivir en el segundo, pero de esto a sacarle a la escalera antes de tiempo, hay un abismo de consideraciones y de galanterías que sus deudos no se debían saltar a la torera tan pronto. No obstante, la *cos-umbre* manda, lo mismo en la *rue Mandar* que en otra *rue* cualquiera y, por la



EL DISTINGUIDO PARQUE «MONCEAU»

Díré mejor que es una parte del parque, la conocida por el insultante nombre de la Nau-maquina. Aseguran que esas columnas, disimuladamente corintias, que rodean al lago, datan del siglo XVIII. Y serían capaces de jurar que el agua es más antigua todavía, cosa que casi creo porque acercándose a ella se observa que huele bastante mal, lo cual no es extraño si se considera que es un agua muerta como todas las de los lagos de escaso desarrollo. En este parque se prohíbe hacer aguas, aunque es probable que no olerían peor que la que ya está hecha.

y de las coristas atropelladas por un automóvil o por otra cosa peor.

Y, sin embargo, todo esto sería tolerable si no hubiese en París algo más grave y más nefasto para los que incurrir en la debilidad de morir. Lo ví ayer por primera vez y aún tiembla todo mi ser al recordarlo. Fué en un portal de la *rue Mandar*, porque aunque a ustedes les parezca mentira, en París hay una *rue* que se llama *Mandar*, si bien no dice adónde. Entré en el portal de la *h- norística* calle, con el exclusivo fin de encender uno de los cigarrillos de hebra que aquí nos obliga a fumar el gobierno de la República, porque no tiene otros, y en el momento de sacar la caja de cerillas observé con espanto que en el fondo del portalito había otra caja muchísimo más grande, y, para colmo, con un sujeto dentro. Dí un grito de horror, y a

fuerza de esa costumbre, el vecino del segundo no podía ofenderse, aunque me ofendí yo que era el menos ofendido.

Y de aquí surgió mi torturadora pre-ocupación: si en París, a los muertos queridos les sacan a los portales, ¿qué harán con los cadáveres extranjeros, que ni son queridos, ni son nada?

No pueden hacer más que una cosa: echarlos a la calle ignominiosamente.

Y como eso es un atropello que no entra en mi programa póstumo, me niego a que lo cometan conmigo y doy el aviso a mis amistades para que procuren evitarme ese sonrojo en el caso de que mi postrer aliento lo exhale por aquí.

Aparte de exhalarlo por la boca, como es costumbre en Francia y en España desde tiempo inmemorial.

ERNESTO POLO

París. —Brasserie Mollar. —Agosto.

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS.

EN EL CENTRO



FUIMOS al Centro a la presentación de la Compañía de Valeriano León y Aurorita Redondo. El teatro, lleno. Con calor y lleno. ¿Es que la butaca costaba medio duro? ¿Es ese el medio para llenar un teatro? Resuélvalo quien quiera. Yo no tengo ganas de pensar. Todo lo que no sea una paja y un limón, no existe para mí. Sorbo y consigno: «medio duro; teatro y medio».

Mi tía Javiera (Amalia Sánchez Ariño; que no es Javiera, ni tía, ni ¡ay! «mf», pero que es simpática, guapetona y buena cómica), *Mi tía Javiera*—digo—es la de la rebaja; por eso, sin duda, escogieron esta obra—simbólica—para la inauguración.

La obra, suficientemente conocida, no pude oírla bien esta noche, si he de decir verdad; en estas obras se oye todo menos la obra. Los espectadores ríen, comentan, repiten, se «tronchan», se revuelcan y patalean recargando. Así como con ciertos espectáculos de arte, musicales sobre todo, se quedan los oyentes inmóviles, extáticos, la cabeza torcida, el ojo vuelto, así como estas obras caen en un paroxismo epilepticoide que participan del baile de San Vito del retortijón de tripas y de la pataleta. A mi izquierda tuve un espectador con predisposiciones de crítico. En lugar de decir «Muy gracioso... tiene gracia...», decía «¡Muy bueno!... ¡muy bien!... ¡Está bien!» con un tono sentencioso. Delante tuve otro que se revolvía en el asiento, como si le corrieran pulgas por la espalda; se ríe la mar, a carcajada limpia; se vuelve el de la izquierda, se vuelve el de la de-

recha, después al de detrás... a todos les pone cara de pascuas; les ríe, metiendo la cabeza entre los hombros y soltando un crugido gutural como si reventase. Parece, en efecto, que va a

allá: «Juanito — ¡qué bestia! — ¡jfl...» Para éste, las cosas no son buenas, como para el de la izquierda; son «bestialidades»... «¡Bestia!... ¡Qué bestias!... ¡Qué bestialidad, chico, Juanito!...» A

todas estas ha perdido el chiste siguiente por comentar el anterior y al ver que la gente se ríe se vuelve a todos lados preguntando, pero sin aguardar a que le contesten: ¿Qué?... ¿qué?... ¿qué ha dicho?... ¡ja!... y empieza a palmoear. Es un optimista obeso y elástico que ha nacido jefe de claqué, pero lo ignora. A la derecha, una señora pregunta a su marido cada vez que han dicho un chiste: «¿Qué ha dicho?, ¿qué?, ¿qué ha dicho?» Lo ha oído, pero quiere que el marido se lo confirme, no sea que se le haya escapado algo...

La interpretación, excelente. Parece mentira que Valeriano León sea joven y tenga dientes y sea de carne y hueso; parece más bien que fuera uno de esos vejates de goma que se sorben la nariz y se tragan la barbilla y hacen un ocho con la boca. Parece mentira que se le oiga con esa voz de zapatero borrachín. Parece mentira que se haya llevado a doña Aurorita Redondo, que no es ninguna «fruslería». Y, sin embargo, es verdad todo: es joven, de carne y hueso, más todavía de hueso que de carne; se le oye; no hace falta que se le oiga, porque de todos modos es gracioso y no solo se ha casa do con Aurora Redondo (y ¡redondilla!) sino que ella está estupenda con el régimen de valerianato. Sí, señores míos; podría escribirse una fábula y hasta todo un poema lírico con este acontecimiento fabuloso: *La Aurora y el León*.



León en el desierto. (La temperatura del desierto explica el indumento).

reventar, porque es muy gordo; le rebosa por el codo un berduzón de solomillo, rosado y sudoroso. Parece que bota en el asiento cuando se encoge, se estira, se vuelve, se revuelve; se levanta, para compartir el regocijo con un amigo que tiene unas filas más

do con Aurora Redondo (y ¡redondilla!) sino que ella está estupenda con el régimen de valerianato. Sí, señores míos; podría escribirse una fábula y hasta todo un poema lírico con este acontecimiento fabuloso: *La Aurora y el León*.

EN EL RETIRO

HOMENAJE A LÓPEZ SILVA

—¿Dónde va usted, Sr. Sebas con un colchón?

—¡Severino!

¿Dónde he de ir que más valga?

¡Voy al Monte, cacho primo!

—¿Al de la señá Piedad?

—¡A cuál ha de ser!... ¡al mismo!

—Yo soy, como tú ya sabes, un discípulo amantísimo del López... del López Silva (don José), lo más castizo que ha metido las patillas en lo del madrileñismo.

—Lo que usted dice va a misa.

—A la mayor.

—Siga.

—Sigo.

Antiyer dijo la Ubalda:

«Tú sabes que en El Retiro le van a hacer una monstruo a don José...» ¡Severino!... Cuando me lo dijo Ubalda te juro que sentí frío por la espalda y ¡miá que es grande! sentir eso en ese sitio con lo desageradísima que se ha puesto en este Estío la Canícula.

—La ¿cuantos?

la Cani ¿cómo me ha dicho?

—¡La Canícula, analfabe...!

La chica mayor del Bizco que se dedica a cupletes y a sketchetes de lo fino, y se está redondeando



Valeriano León, a quien deberá la patria (D. m.) el fenómeno de varios Leones Redondos.

en unas formas que ¡chico! se va a meter medio mundo financiero en el bolsillo.

—Pero, ¿no se la cargaron?

—Endenantes; al principio pué que sí; todos empiezan, quien más quien menos, lo mismo pero ¿luego? ¡mi amantísima madre política, chico! ¡como se ha puesto... el estado esferoidal, Severino, Me la llaman la Canícula por el poder calorífico, ¡no te digo más!

—¡Más vale!

porque yo, solo de oírlo estoy a cuarenta y cuatro a la sombra...

—Pues ya digo

cuando yo le oí a la Ubalda decirme como me dijo «Lo que van a hacerle al López va a ser de lo mas manífico y hay que dir, postineado, tó el que sea azmirativo del Don José que es la gloria de más gracia y mas estilo que se ha peinado patillas del Rasiro a Cuatro Caminos»; Cuando ella me dijo, dice, «Llevaremos al Retiro tó lo bueno que tengamos» Yo fuí y le dije: «Ahora mismo: tó lo bueno que tenemos es el colchón, conque ¡alivio! Si es que quieres ir el sábado como Dios manda al Retiro tiés que retirar primero esta prenda»

y ella dijo:

«Pa prenda te basta Ubalda» y yo la dije: «Bien dicho; y pa colchón ¡no digamos! tú tiés lo tuyo... y lo mío.» —«Y pa lanas —dijo ella— tú eres de lo más lanífico... Con que ¡al Monte!...»

y dicho y hecho:

cogí el suprasusodicho instrumento epitalámico —vulgo colchón— y he salido pian pianola, que se dice pa llegar al Monte Pío y ver si alí transaciono y me dan el efectivo.

—Es usted un hombre Don Sebas pero de lo más cultísimo, un español de los que honra a la Patria y a sus hijos. El que hace lo que usted hace ¡ya puede dormir tranquilo!

ENTREACTOS

Cuestión de procedimiento

En el Gimnasio de París hacía falta una escultura para decorar una de las obras y la prestó Rodín.

Todas las noches estaban temblando por la estatua, pero afortunadamente las representaciones pasaban y nada sucedía.

Sin embargo, el día de la última representación recibe Rodín una carta de M. Alfonso Franck:

«Mi querido maestro:

¡Ay!, cuando ya nos creíamos en salvo, la estatua se le ha ido a un maquinista de las manos y se ha roto. Estoy consternado por esta catástrofe y le ruego tenga la bondad de decirme, en números redondos, la compensación que le debo.

Suyo siempre, etc...»

Rodín respondió a M. Alfonso Franck que ya tenía él prevista aquella desgracia y que había olvidado el préstamo de tal manera, que no podía aceptar cantidad alguna. La carta terminaba diciendo: «Cuando le presté la estatua le había rezado ya los responsos necesarios y la consideraba ya como de usted.»

Entonces Franck le confesó: «Gracias, maestro; la estatua está en mi casa, en sitio de honor. La adoro y no sabía cómo pedirsel a usted.»

Un actor muy pedante y muy bruto le dice un día a Feydeau:

—Hombre, le voy a pedir a usted su opinión.

—¿De qué?

—De una idea que se me ha ocurrido.

—¿Que se le ha ocurrido a usted una idea?

—Sí, señor.

—Vaya, hombre, ¡pobrecilla!, lo que se aburrirá ¡tan solita!...

MANUEL ABRIL



Aurora Redondo, encargada de redondear los Leones de D. Valeriano.

ENTRE PARENTESIS

EL ACENTO ARAGONÉS

Se cumplen ocho años por ahora que no pisaba la tierra aragonesa. En ella tengo vividas las mejores horas de mi infancia, esas horas que se recuerdan siempre con cariño y que, contra lo que opinan muchos literatos, son el alcalofte de la incongruencia.

Ahora, cuando ya casi no recordaba lugares y personas que me fueron familiares, vuelvo a Aragón con la ilusión más ferviente en el alma y la dispepsia más aguda en el estómago. Tengo entendido que así regresó el prudente Ulises.

Exteriormente esta vega del Ebro no me ha sugerido grandes observaciones ni me ha hecho pensar en bruscos cambios. Desde el tren he sorprendido idéntico espectáculo que sorprendí años atrás: campos de alfalfa, campos de remolacha, campos de alfalfa, campos de remolacha, y, así, hasta lo infinito. Verdaderamente la Naturaleza tiene poca imaginación y en algunos sitios, (los Polos, por ejemplo), su poca imaginación llega a extremos inexorablemente desastrosos y el dmundsen que se aventura por aquellos sitios no ve más que nieve por todas partes. ¿Qué razón hay para que las plantas y los árboles tengan todos su clima especial y su terreno propio?

Estoy por asegurar que no hay ninguna razón para que esto suceda.

Lo verdaderamente bonito y original sería que en el Polo Norte nacieran naranjos y que en mitad de una selva del África ecuatorial o en el centro de un desierto californiano apareciese de pronto una gran llanura nevada. Si las cosas de la Naturaleza estuvieran dispuestas de esta hermosa forma, en la vega del Ebro habría encontrado yo este año extensos arrozales, gigantes cas palmeras repletas de dátiles, cipreses, cactus y otras dignas variedades de árboles y plantas. Por desgracia no ha ocurrido así, y, una vez convencido de que no habría de ver más que remolacha y alfalfa, me he hundido en el interior del vagón a leer *El manual de la buena cocinera*, que es un libro que me apasiona.

Acaso el lector está pensando que he decidido escribir un artículo sobre agricultura... Nada tan lejos de mi in-

tención. Lo que sí tengo pensado es trazar unas líneas sobre el acento aragonés. Creo que este tema es bastante nuevo o, por lo menos, yo no he leído ninguna página en la que se rozase la superficie filológica de semejante asunto literario.

¡Declaro con anticipación que ahora no es la primera vez que oigo hablar con acento baturro. Ya he dicho que en esta noble y arremolachada tierra he pasado deliciosas temporadas en ese período infantil en el que el ideal más alto que nos embarga es, coger nidos o chupar varitas de regaliz.

Sin embargo, aun cuando ya debía tener acostumbrado el oído al cromatismo del acento aragonés, (¡hay que ver cómo me estoy expresando!), hoy me ha producido mas sensaciones extraordinarias.

Al detenerse el tren frente a las elegantes y recientemente discutidas termas de Pallares, en Alhama de Aragón, ya el viajero sufre la primer sorpresa cuando oye decir a un caballero elegantísimo que habla con un amigo no menos elegante:

—¡Col! ¿No te quedas en el balnearioooo?

El *co*, significa *chico* y la ristra de oes que he colocado tras la palabra balneario expresa ese arrastrar de las vocales que constituye la matriz del acento aragonés y que es como si el que habla se echase a dormir la siesta en las palabras.

Supongo que el Director y el Administrador de este precioso y bien encuadrado semanario no se ofenderán en su calidad de aragoneses por dedicar unas columnas a la disección del acento natal, porque ellos, como la célebre «rabalera», pueden decir que «en siendo de Zaragoza que les llamen lo que quieran». Aparte, claro está, de que yo no les voy a llamar nada putrefacto.

Alhama es una población muy baturra y con esto no creo molestar a nadie. Siempre se ha dicho que los Niños de Ecija eran muy ladrones sin que ellos se molestaran y peor es decirle eso a los Niños que decirle lo otro a Alhama. Y que conste que yo no quiero decirle a Alhama lo que hacían los Niños, porque eso es acusar.

En todas las estaciones que anteceden y preceden a Zaragoza yendo de Madrid, se hace ostensible el acento. Se nota que las gentes hablan mucho más alto, como si todos se hubieran vuelto sordos de pronto a consecuencia de una crecida del Ebro. Y se nota también una mayor amabilidad en las personas, una amabilidad «sin clarificar» igual que el aceite recién extraído de la aceituna.

En Guadalupe, por ejemplo, el revisor os ha dicho de un modo seco y huraño:

—¡Los billetes!

Y en Casetas, el revisor, sonriendo con cierta chunga impalpable os murmura con su acento de la tierra:

—Me dé los billeteeeeees...

Y luego los pica con una simpatía tan rara que dan ganas de decirle que siga picando, como se les dice a los pavos a los que se tiene el propósito de cebar.

En Zaragoza el acento es aún más cantarín y pronunciado que en los pueblos. Y el hecho de que hablen con la misma música el *chauffeur* del taxi, el Deán del Pilar, el poeta célebre, y la mujer que os vende el periódico acaba por hacerle creer a uno que todos se han puesto de acuerdo para tomarle la cabellera.

A ratos, y como si el acento fuese una falta, yo me he sentido orgulloso de hablar con la limpieza musical de Castilla. Pero ayer sufrí un golpe terrible...

Estaba tomando café en el *Royalty* de Zaragoza y un señor madrileño que no me conocía me dijo:

—A mí los aragoneses me son muy simpáticos y no crea usted que lo digo porque usted sea aragonés...

—¿En qué ha conocido usted que soy aragonés? —le dije.

—¡Hombre! —exclamó triunfalmente— ¡En el acento!

El café empezó a darme vueltas y acabó cayendoseme al suelo.

¡Dios mío! ¡Se me ha pegado el acento a mí también! Esta última línea ya la escribo llorando.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Quinto de Ebro (Zaragoza.)

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del
 ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante
A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES
 En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR



Dib. AREUGER.—Madrid.

—Pero, cómo: ¿tienen ustedes otro chico?

—¿No tenían ustedes bastante con tres?

—¡Tiene la culpa mi marido, señora: el pobre siempre estaba piando porque no teníamos un cuarto!

Ayuntamiento de Madrid

TIPOS REGIONALES

BLAYO

A Blayo le empiezan a llamar para que se despierte, a las cinco de la mañana.

Su madre le dice, en valenciano por supuesto: —*Blayet, alzat, que tes que anar al camp.*

Pero Blayet lanza un gruñido confuso, y en un gran agitar de ropas, se vuelve del otro lado.

Cada diez minutos le recuerdan al dormido muchacho su obligación de

levantarse e ir al campo, y cada vez es como si le rociasen con cloroformo; su sueño aumenta de intensidad.

A las nueve, cuando toda la familia ha desfilado por su cuarto llamándole, Blayo se despierta e inmediatamente se tira de la cama. No gusta de recrearse en vida interior.

Como apenas tiene que vestirse, porque duerme casi vestido, si es invierno se pone su blusa, su bufanda y

su gorra; si es verano, la gorra nada más.

Si piensa ir a la huerta, calza alpargatas de esparto; si va a quedarse en el pueblo, lleva las blancas.

A veces dice que va al campo, y parte con las alpargatas de esparto y alguna herramienta de labor, pero a poco de salir le entra la pereza y caza las alpargatas blancas que llevaba escondidas y se vuelve al pueblo, dejando que en el campo la mala hierba se enrosque en los cebollinos.

—*Mare, el armorsás*—ha dicho no más levantarse.

Y mientras le preparan repleto de mezcla su medio pan moreno, que entero es la media luna que dejaron tras de ellos los árabes, Blayo sale al corral, donde las gallinas, con su mirada atenta, observan la vida de los insectos.

Blayo es alto y ancho, y, sin embargo, se arregla de modo de parecer desgarrado.

Toda su piel es rugosa y oscura; de esta oscuridad también tiene alguna culpa el sol...

Su cabeza es chica en todo lo alto y sus pómulos son muy salientes, como los de los campesinos rusos. Pero Blayo no tiene nada de ruso y sí mucho de árabe.

Blayo ha ido a la plaza del pueblo; allí se sienta y observa la vida de las gentes.

Ninguna chica que pase por su lado se irá sin su piropo, por lo menos chasqueará la lengua contra sus dientes y emitirá una especie de bramido.

Si está con alguien, hará una suposición de más o menos dudoso gusto, sobre la anatomía de la joven.

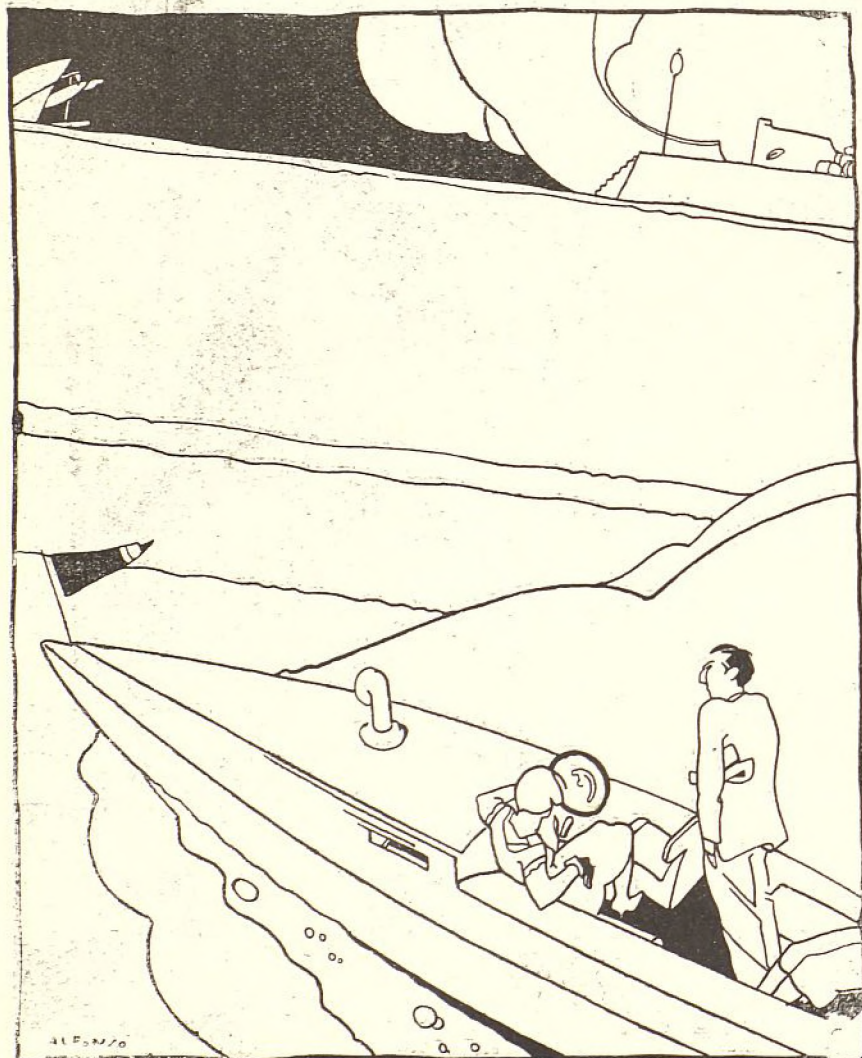
Después va al campo lentamente, cantando los couplets que ha oído en el music hall de Valencia, donde va todos los domingos.

Todos los labradores le saludan, hasta los que son del otro partido político. Blayo hace excepción; todos tienen para él un *Caballer*, afectuoso, o un *eeeh* de amistad.

El muchacho les contesta: *ánimo, o vinga, vinga*; en fin, siempre tiene una frase alentadora para los que hacen una faena igual a la que él debía de hacer.

Por fin llega a su campo, donde trabajan desde el amanecer sus familiares y algún jornalero, y ante él se le presenta un grave conflicto.

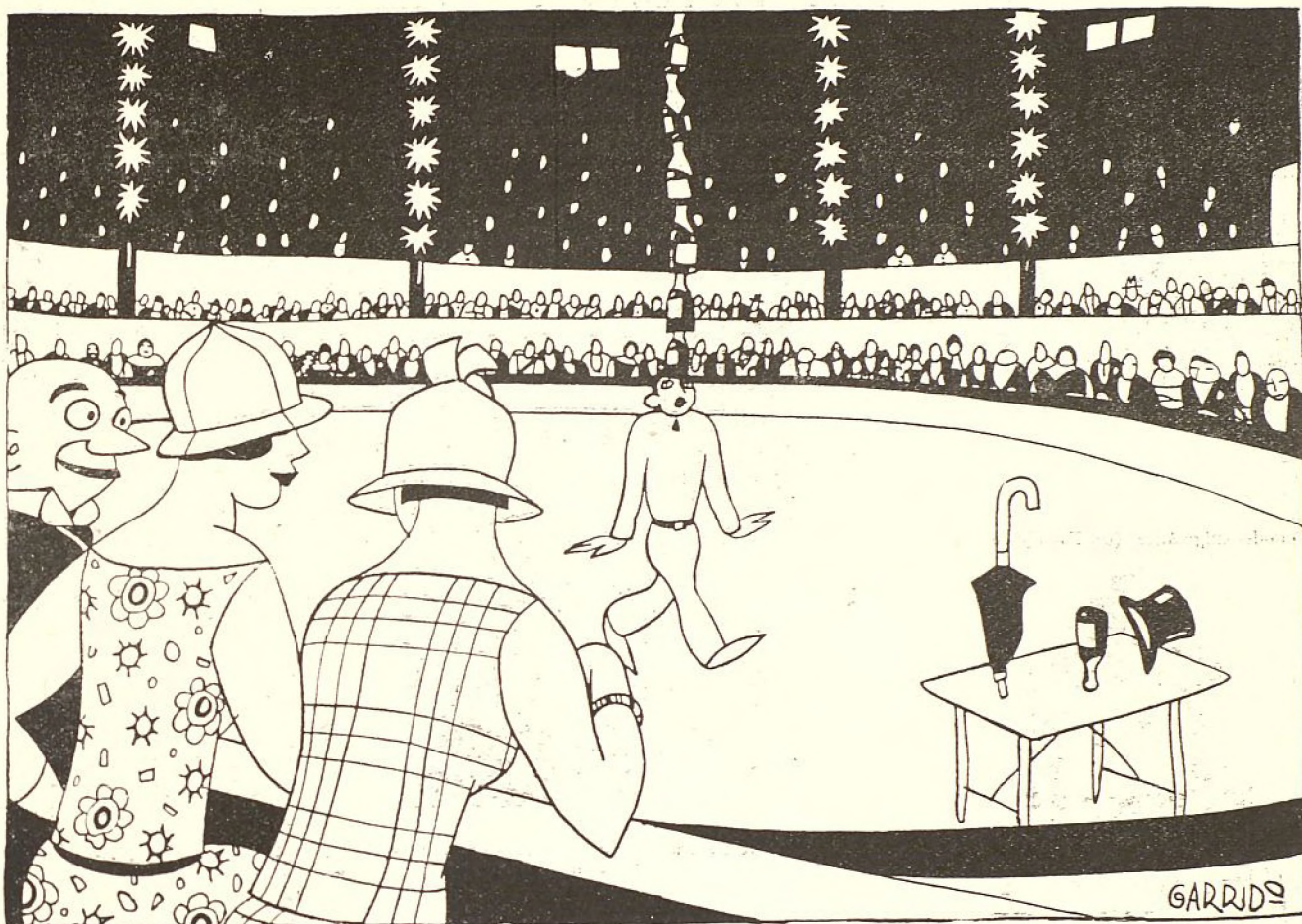
Mágicamente se empequeñece su persona ante sí mismo, y Blayo se ve mi-



DID. ALFONSO. —Madrid.

—*Esta canoa arrea muchísimo...*

—*¡Sí; anda la mar!*



GARRIDO

Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Y por qué crees tú que hay truco en este ejercicio?

—Porque con seis botellas de champán no hay quien guarde el equilibrio.

núsculo, insignificante, débil, mientras que, por el contrario, las espigas por cortas han aumentado de perímetro y son gruesas como árboles, y hay muchas, muchas, toda la huerta, es el trozo que tiene que trabajar él. Todo lo comprendido entre la Albufera, que plantea el Este, y el círculo formado por los campanarios de Silla, Catarroja, Masanasa, Alfafar, Sedaví, y a lo lejos, Valencia.

Blayo está abrumado de faena en perspectiva y, como siempre que le ocurre eso, se sienta a meditar. Pero una vez sentado ya no piensa en nada, y se olvida de qué las espigas están deseando ser cortadas.

(Algunas, las más cursis, quie en ir a adornar un sombrero de corista, en una zarzuela de costumbres provenzales.)

Entonces es cuando trata de conven-

cerse a sí mismo de que no se siente bien. Le es difícil, pero mientras trata de ello, se encuentra camino del pueblo y de mejor humor.

En los bancos de la plaza o en el círculo agrícola, terminará su día. Sí, un día, porque de noche sale enamorado de todas a enamorar a alguna. Mas ya escamado, pues tuvo una aventura que le vejó profundamente.

Amparito, quince años y vestida de rosa, iba un día de compras, llevaba un duro en una mano y una cestita en la otra.

Era verano, y como soplabla Poniente, Blayo estaba descamisado y desparrado en un banco de la plaza. Vió a la muchacha, ágil y frescota como una fruta, y se enamoró repentinamente de ella.

Primero fueron unos siseos, Chist... chist... chist... Después ya la llamó:

Amparito... Amparito...; pero la muchacha apretaba el paso, y Blayo se levantó y corrió hacia ella, dispuesto esta vez a declararle su amor y jurarle ser una persona trabajadora y decente. Lleno de buenas intenciones, en varias zancadas se acercó a Amparito y la volvió a llamar: —¡Amparito!

Y entonces sucedió lo que tanto le había de ofender. La muchacha, asustada al ver su facha, echó a correr pueblo adentro gritando:

—¡El duro!, ¡el duro!, ¡me quiere quitar el duro!, ¡me vol furtar el duro!

Blayo aun no se ha repuesto de la decepción y pretende hacer'o con sueño; por eso se va ya a la cama, entre bostezos enormes, a descansar de lo que hizo en todo el día.

EDGAR NEVILLE

LA LOCURA DE LAS PALABRAS CRUZADAS



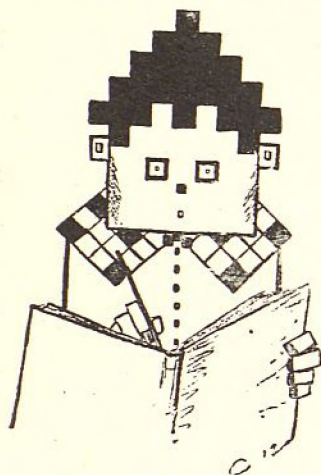
La mujer enigmática. (De *The Bystander*).



Una excentricidad para baile de trajes: La moderna esflinge.



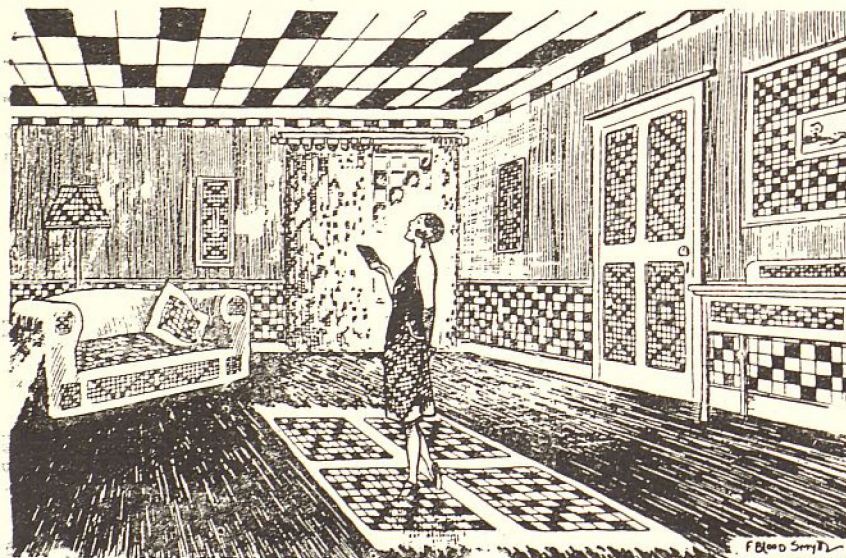
El primer «cruce de palabras» en diez años de matrimonio. (De *Judge*).



El hijo de una pareja de apasionados de las palabras cruzadas. (De *Die Woche*).



Para resolver palabras cruzadas, este matrimonio se complementa perfectamente: El marido resuelve las palabras verticales y la mujer las horizontales.



La casa del solucionista de «palabras cruzadas» (De *The Bystander*).



La moda no deja escapar un modelo tan sugestivo.



DEL BUEN HUMOR AJENO



EL SEÑOR DE MERFENIL

por ANDRÉS WARNOD

¡Señor De Merfenil! ¡Eh! ¡Señor De Merfenil! ¡Una carta para usted! ¡La echo por debajo de la puerta! ¡Y oiga usted! ¡Dice el casero que si no paga usted este mes le pone los trastos en la calle!

El Sr. De Merfenil oyó como poco a poco se alejaban los pasos del portero, mientras la maldecía desde lo más recóndito de su alma por haberle interrumpido un sueño venturoso. ¿Qué iba a ofrecerle la realidad en cambio?

Debajo de la puerta estaba la carta, intrigante. Merfenil la miraba, sin tener el valor de saltar del cálido lecho para atravesar con los pies descalzos, la habitación, pues, era una buhardilla pobre situada en lo alto de un hotel miserable. En ella habitaba, sin embargo, el señor De Merfenil, Roberto de Merfenil, el bello Merfenil célebre en los bulevares en tiempos del affaire de la exposición de 1900, por sus duelos y sus aventuras amorosas. Era en tonces el más brillante de los cronistas mundanos.

Ahora la fortuna le había vuelto la espalda. Trató de luchar un año, cinco; pero ya cansado de todo y no teniendo valor para matarse, estaba resignado a la miseria. Ni siquiera le alcanzaba el dinero para pagar el alquiler de su vivienda sórdida. Vestíase con ropas usadas y comía en los fogones, pues sólo tenía para vivir un pequeño sueldo que le pasaba el «Grand Journal» por la publicación de unos «ecos», en recuerdo de lo que había sido.

La carta que estaba debajo de la puerta procedía de ese diario; ello no presagiaba nada bueno. ¿Le quitarían su único medio de vida? No; la carta era de una lectora del gran mundo, o más bien burguesa rica que expresaba ingenuamente su admiración por la ciencia mundana del Sr. De Merfenil y manifestaba un vivo deseo de conocerle. Recibía los jueves.

El pobre viejo leyó y releyó esta carta; le daba calor al corazón. Todavía había personas que creían en él, para

quienes no era un parásito, un sablista, del cual había que desconfiar.

Decidió ir a casa de la dama, que habitaba en un barrio elegante, cogió papel con un membrete del periódico y escribió.

...

Cuando se hubo vestido se lió al cuello una vieja bufanda y salió a la calle. Madame Blanchedine vivía en una lujosa mansión. El portero rogó al Sr. De Merfenil que subiera por la escalera de servicio.

—«Es una carta para la señora», dijo la doncella—, que trae un pobre viejo de parte del Sr. De Merfenil. Madame Blanchedine se enorgullecía de recibir delante de sus amigas una carta del famoso cronista mundano. Eran mujeres cuyos maridos se enriquecían en el comercio, y envidiaban a su amiga por tener tan buenas relaciones.

—«¡Oh! ¡Qué buen corazón tiene este

amigo! exclamó Madame Blanchedine. Mirad, el Sr. De Merfenil me pide un socorro para un anciano que se halla necesitado. Hay que demostrarle que ha hecho muy bien en dirigirse a nosotras. Ayudadme.

Tomó 1.000 francos de su secreté. Sus amigas dieron lo que llevaban en sus bolsos. En el sobre que se entregó al protegido del Sr. De Merfenil iban más de 5.000 francos.

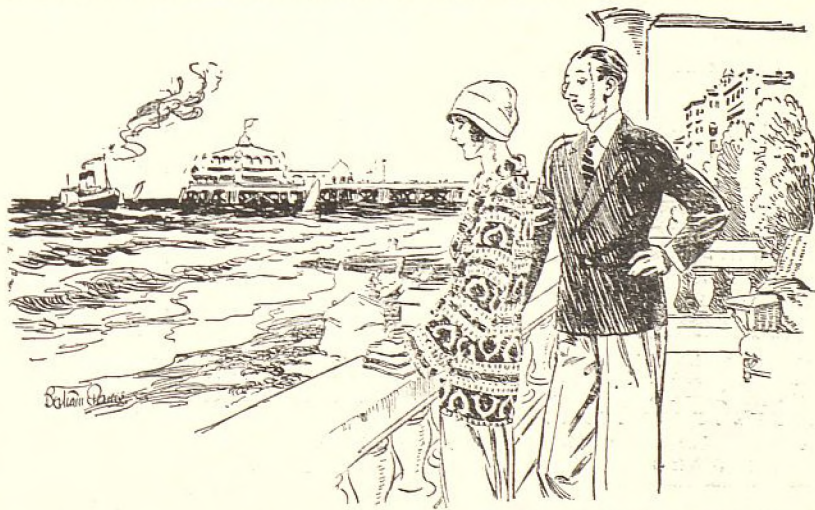
—«Espera en la cocina», dijo la doncella. Le hicieron pasar al salón. Las señoras le contemplaron con lástima. El estaba pálido y tembloroso.

—«Le dirá usted al Sr. De Merfenil...

—«Sí, señora, sí, muchas gracias».

El Sr. De Merfenil volvió a su cuchitril; tenía bastante dinero para vivir tranquilo durante algún tiempo. Le daba vergüenza de él: pero, sin embargo, no estaba seguro de volver a repetir la suerte si la ocasión se presentaba.

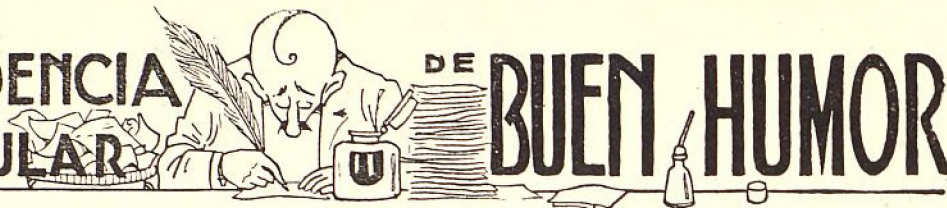
G P.



(De London Opinion, Londres.)

El.—¿No cree usted que los viajes despiertan la inteligencia?
Ella.—Si, debe usted hacer un viaje alrededor del mundo.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Ricardo y Elisa. Madrid.

Elisa y Ricardo envían sendos trabajos poéticos, y mucho mejor harían no haciendo versos patéticos. Porque ni el pobre Ricardo ni la desdichada Elisa serán jamás ni un buen bardo ni una buena poetisa.

A. C. G. Barcelona. —Su artículo es un reverendo plomó, y metalingüas, no, mi amigo!

Ruy Gómez de Calderón. Madrid.

¡Pardiez, que sois un follón, Ruy-Gómez de Calderón! ¡Y os juro que si os topara ni el escudero os librara de un palo en el esternón! Y es no es nada, comparado con lo que os harían nuestros donosos lectores si se toparan con vuestro artículo ¡Vive Dios que pone espanto!

DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO —
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

to en mi ánimo el pensarlo solamente! ¡Erais cadáver... y no digo que putrefacto, porque putrefacto ya lo sois en vida!

E. R. Q. Madrid. —¡Caramba! ¿De

manera que es usted vegetariano? Pues bien, a pesar de eso, hemos resuelto llevarle la contraria y recomendar que le den a usted morcilla.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

H. B. F. Vigo. —Dice así el principio de su descacharrante elegía: «Era una noche oscura. Diluviaba. Salí de mi covacha, decidido...» ¡Mal hecho!... Con una nochecita así, no debió usted salir de ninguna manera.

Kalim. Madrid. —Si el protagonista de su cuento, en lugar de abrazar la religión protestante, hubiese abrazado a la criada, podría pasar. Pero con un hombre tan idiota, que sigue a Lutero y no sigue a una socia pistonada, no queremos el menor trato. ¡A Cestona, y que se alivie!

P. N. Bilbao. —¡Qué prometedor y qué emocionante es el comienzo de su relato magnífico!... Dice usted, con una heroica ingenuidad, que nos ha llenado de espanto:

«¿Queréis ver a mi amada desnuda?...»

¡Ya lo creo!... ¿Dónde está esa pobre muchacha?

L. B. S. Madrid. —Aceptamos su artículo místico, de elogio a San Cayetano, pero no para Buen Hu-

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

mor, sino para un nuevo periódico que proyectamos publicar y que se titulará *El consultor de los sacerdotes*. ¡Verá usted qué éxito más grande tiene allí! ¡Se lo afirma este corral!

El vagabundo sentimental. —Si no tiene usted otra cosa más urgente que hacer, le rogamos que envíe la firma para colocarla al pie de su elucubración, que ha sido aceptada con entusiasmo cinegético y que entra en turno pacífico para su publicación, que será un día de estos

o de los otros, pero que será, esté usted tranquilo.

B. Valencia. —Puede pasar (y pasa) uno de los dos dibujos enviados. El del clérigo no se admite por culpa del pie que trae. Es decir, que en Buen Humor se entra con buen pie o no se entra. Y esperamos que con tan amenzadora advertencia, procurará usted corregirse en lo sucesivo de toda clase de dislates deshonrados.

A. C. Poblado de Amerssan — Sus versos, titulados *Casos morunos*, son de tan deplorable inocencia, que más vale que se queden

Si tu boca se inflama, amigo Juan no existe otro remedio, desde luego que usar Licor del Polo con afán. En toda boca el Polo apaga el fuego... (aunque sea la boca de un volcán)...

inéditos. Dentro de cien años no agradecerá usted esta decisión, que quizás ahora le haga la distinguida cusca.

Reigada. Madrid.

¿No te parece, Reigada, que ese ¡Viva Calomarde! llega demasiado tarde y no va a servir de nada?

Porque es segurísimo que Calomarde no va a hacer caso de tu buen deseo y va a continuar muerto para ponerte en ridículo. Evitémoslo, pues, con todas nuestras fuerzas.

A. P. O. Barcelona.

Sus versos *Las de Montoto*, ¡perdone!, los hemos roto. Pero no crea usted que con mucha indignación, sino dulcemente, apaciblemente, sencillamente, así como quien no quiere la cosa.

Comar. Madrid. —No es aprovechable.

K. Racoles. —No admitimos alusiones al Directorio, ni embozadas ni a cuerpo.

Si quieres estar hermosa, no gastes en una alhaja ni te compres otra cosa, que en Casa Presa una faja. Fuencarral, 72 Tel. 48-00 M.

A. Alomar. Valencia.

No podemos publicar las cuartillas de A. Alomar.

R. B. C. Barcelona. —Veremos, veremos querido y dibujante amigo. Lo que manda no está del todo mal, pero, ¡vamos!, convendría que mandase las cosas en negro. Tienen salida más inmediata y fácil. De todos modos, usted envíe lo que le parezca y, como dijimos al principio ya veremos, ya veremos....

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

J. Biblilis. —Es una cochinería inveterada, furibunda, algo inmundada y lamentablemente infecunda. Esos cuentos no son para Buen Humor, sino para referirlos en el comedor de una mansión mal calificada. Todo esto naturalmente lo decimos a propósito de los versos. El trabajo en prosa, en compensación no es guarro, pero en nuestro periódico ya no resulta original. Con el título de *Frases Históricas*, hicimos aquí, ha tiempo unas cosas bastante graciosillas, aunque nos esté mal el decirlo, que no nos está.

C. Cádiz. —¡Verdaderamente deplorable! Y el retrato a pluma que ilustra la narración, sencillamente trágico.

M. R. El tambor de la quinta Bandera. Lauclén Tetuán. —Como broma, puede pasar. De otra manera, ¡de ninguna manera!...

J. G. I. —La contestación a su cuento *El Pozo*, por desgracia negativa, recordamos haberla dado recientemente. Esto de ahora, *La Terraza*, a pesar de estar, como es natural, a mayor altura que el pozo tampoco nos ha convencido.

CUPÓN

correspondiente al núm. 195 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Mamá, yo no vuelvo más al colegio porque el maestro ha pegado a un niño y todos se refan de él.
—¿Y tú, qué hacías?
—Llorar.
—¿Por qué?
—Porque me dolía.

Goal. —Valladolid.

En una fonda.
—Mozo, este cuchillo no corta y esta chuleta es una correa.
—Señorito, la chuleta es para que pueda usted afilar el cuchillo.
Cubita. —Madrid.

—¿Cuál es la prenda de uso que resulta mortal de necesidad?
—La toalla, porque le deja a uno seco.

Ramón Babillo y Bernáldez.

—Yo viajé siempre en tercera.
—¿No has ido nunca en primera?
—Sí; una vez que vine con mi prima segunda.

Carbajal. —Albacete.

En los toros.
Se celebraba en Triquitraque una novillada de postín. El *Volatinero Chico* había ejecutado con la capa tales proezas, que hasta el mismo toro parece que se permitió olearle y decirle ciertas frases, que denotaban que con la capa era un tío de abrigo.

Llegó la hora de matar. La plaza entera, viendo llegar el momento emocionante, comenzó a sisear como si llamaran todos al tío de las naranjas. Se fué el *Volatinero* al toro y comenzó con un pase por alto, verdaderamente por alto, pues fué a parar cerca de las nubes. No se arredró el diestro, y al aterrizar, encoraginado, corrió hacia el bicho y comenzó una faena en la que cada pase fué una interjección: ¡Oh! ¡Ah! ¡Oíé!...

El público, ebrio de entusiasmo, pedía música, y hubo música durante la prodigiosa faena. Cansado ya de dar pases, el *Volatinero* quiso, con un pase en redondo, dejar cuadrado al toro; pero no sólo no se cuadró el animalito, sino que se descompuso de tal forma, que el fenómeno comenzó a desconfiarse y a bailar. La música seguía tocando. Las palmas ibanse a trocar en pitos, cuando un entusiasta partidario y amigo del *Volatinero*, le gritó desde la barrera:

—¡No te desconfíes, que lo vas a echar a perder! ¡Quietos! ¡No baileis! A lo que le contestó un chusco:
—¿Pero cómo quiere usted que no baile, si están tocando?...

Tele. —Madrid.

En un bautizo.
El padre de la criatura al cura. — Quisiera ponerle un nombre que no sea corto ni largo

El cura. —Juan.

El padre. —Ese es corto.

El cura. —Ricardo.

El padre. —Ese es largo.

El cura. —¡Ah, entonces... Justo! Aquiles. —Bilbao.

En un banquete de médicos, dice un camarero a uno de sus compañeros.

—Creo que todos están borrachos.

—¿Por qué?

—Porque veo que empiezan a estar de acuerdo.

M. —Tlén.

En una tertulia de confianza declara un caballero una poesía pesadísima e interminable, titulada: *¡Si yo fuera pájaro!*

Un individuo que le escucha impaciente dice al oído del dueño de la casa:

—¡Si yo tuviera una escopeta!

Andrea. —Santander.

—¿En qué se parece un buey a un elefante?

—Pues en que ninguno de los dos sabe hacer aguja de gancho.

Lino de la Mancha.

Equipos de novia borda cierta solterona gorda con sumo gusto y primor, aun cuando corre el rumor de que con primor quizá, pero que con gusto, cá!

V. y J. M. Conde.

—¿En qué se parece un aparato de acetileno a la campana del tranvía?

—En que la campana del tranvía hace tilín y el aparato *ace-tileno*.

Bautista García. —Salamanca.

—Cuáles son los anuncios más nuevos y al mismo tiempo más viejos?

—Los de las funerarias, porque son siempre de última hora y tan antiguos como el hombre.

Paquita Rendueles. —Gijón.

Diálogo entre niños.

—¿Sabes tú qué me gustaría ser cuando fuera mayor, para oler siempre bien?

—¿...?

—Pues... *ser-eno* de Pravia.

Efedese. —Barcelona.

—¿En qué se parece un individuo que procura sacar los cuartos a un amigo, a una criada que está buriendo?

—Pues en que *es-coba* lo que está dando.

Carlos S. —Madrid.

—¿En qué se diferencia un cochero y los de otro cualquier oficio?
—En que a un cochero se le despide, y echa a andar; y a otro obrero cualquiera, se le despide y se queda parado.

Rosita de la Riva.

Entre borrachos.

—Oiga compadre: ¿Me pué usté decir cuales son los tipos de sombreros que más le gustan?

—A mí los *hongos* ¿y a usted?

—A mí, los de copa.

Francisco Quintana.

Castellón de la Plana.

En un Museo.

El Cicerone. —Este cuadro es originalísimo y muy antiguo. Representa un guerrero de la edad media.

El turista. —El cabello copia claramente un estilo barroco parecido

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueras 8

al de las figuras de los retablos de aquellos tiempos.

El Cicerone. —El casco es de estilo moderno y la pluma *estilo-gráfica*.

Peter Alonso. —Madrid.

Entre amigos.

—¿Qué artista de películas tiene más dinero?

—Fatty... Porque con lo que trabaja es natural que tenga *Fattiguita*.

Anteo. —Tetuán.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.



María.—Voy a dedicarme a la película.
 Pedro.—Muy bien. Llegará usted a ser una estrella.
 María.—¿Y por qué?
 Pedro.—Porque cuando me encuentro a su lado me parece que estoy en los cielos.

(De The Humorist, Londres.)



El.—¿Qué juego es el que prefiere usted?

Ella.—¡El de los soldaditos!

(De London Mail, Londres.)

PARIS y BERLIN
 Gran premio
 y
 Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
 y exijan siempre esta
 marca y nombre
 BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badia, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



TERES.

Dib. TERES.—Madrid.

—¿Sabes que ha enviudado Rosita?
—¡Chical! ¡Pues de buena me he librado, si me llego a casar con ella!...